

Lexi Lexe Nº 2:

Nunca te cases con un académico

Manuel L. Alonso. Periodista, autor de una novela policial, un centenar de relatos y varios libros infantiles.

Leonardo era publicista, una de esas personas que escriben de varias materias. El prefería usar esa palabra y no free-lance. Jamás se hubiera atrevido a utilizar la expresión free-lance. Leonardo era muy respetuoso con el idioma español y, en lo posible, trataba de preservar su pureza, ya un tanto mancillada. A Leonardo, la cosa que más le impresionaba en el mundo era la Academia de la Lengua. Para referirse a ella siempre decía "la venerable institución". Sin asomo de ironía.

Los periodistas, dados al manejo del tópico y la construcción apresurada e inexacta, eran el blanco más frecuente de sus iras. A menudo se presentaba en el despacho del director de algún diario con la pretensión de publicar un artículo satirizando el lenguaje periodístico. No hace falta decir que jamás conseguía su propósito, lo que no era obvio para que acumulase montañas de sarcásticos comentarios que algún día, cuando fuese académico —porque Leonardo tenía la esperanza secreta de ocupar un sillón en la venerable institución—, verían la luz.

—¿Qué expresión es esa de "un largo etcétera"? —escribió. El etcétera no puede ser largo ni corto, puesto que significa "y lo demás".

O bien: —¿Por qué se utiliza la preposición "de" en tantos casos en que resulta absolutamente superflua, como "pienso de que"?

Como todos los que dedican su vida a una causa, Leonardo terminó por volverse un tanto pasado. Aburridos de oírle decir siempre las mismas cosas, sus amigos empezaron a esquivarle y hasta se pusieron de acuerdo fácilmente para no pasar por el paseo del Prado, pues sabían que él vivía allí cerca y que acostumbraba a merodear por el caserón de la Academia, como otros rondan los teatros acechando la salida de los artistas.

Efectivamente, cada día Leonardo salía de casa muy aliviado, con su sombrero flexible y su paraguas, tanto si llovía como si lucía el sol, y hasta la hora de comer paseaba entre Atocha y la Cibeles o bordeaba, el final de Moyano, a la puerta de Alcalá, la verja del Retiro. Con los años se iba volviendo distraído, y su costumbre de componer mentalmente artículos o cartas al director le procuraban algún sobresalto por cruzar sin atender a los semáforos. Y como era más sencillo recurrir el paseo para dedicar toda la atención al odioso tránsito (tránsito, ¿eh?, y no tráfico), día a día iba menguando el trayecto y aumentando el número de vueltas. Más allá de la Cuesta de Moyano y del Scalextric —entonces aún existía— no se aventuraba, y por el otro extremo, pasado Neptuno, acabó por no hacerlo tampoco. De modo que terminaba por quedarse dando vueltas en lorno al museo y al edificio de la venerable institución, casi como un perrillo que, olisqueando un árbol, busca el lugar más apropiado para alzar la pata. (A veces Leonardo se acordaba de la grande afrenta que el poeta Rafael Alberti había infligido a la venerable institución meándose de joven en sus muros. Rafael Alberti era, por ese motivo, un enemigo personal para Leonardo).

No es necesario explicar que el jueves, día en que se reúnen los académicos, era para Leonardo la jornada más importante de la semana: poder contemplar el admirable Delibes con su zamarra de náuticos; a Buer, siempre grave, tosiendo y envuelto en humo; a Cela, imponente con su vozarrón y panza; al propio don Dámaso, a la sazón presidente... Los veía desender de un taxi (caso ninguno gastaba coche propio), saludarlos con deferencia, nada engreídos ni mundanos, sencillos como oficinistas; los veía entrar en aquel edificio en el que estaban puestos sus sueños, y suspiraba preguntándose cuándo llegaría el día en que...

Los jueves no tenía fuerzas para escribir, y su paseo era doble: por la mañana y por la tarde. Incluso dormía mal, preocupado por su discurso de ingreso.

Un día Leonardo se entretuvo en los puestos de libros de Moyano. Hacía buen solecito y se estaba a gusto revolviendo y manchándose los dedos con el polvo acumulado en los viejos libros. Llegó a un puesto de esos en que venden restos de ediciones y colecciones populares, y misteriosamente, puesto que allí no podía haber nadie que le interesase, permaneció largo rato sin decidirse a proseguir su paseo.

Aattendía el puesto una chica con gafas, la nariz un poquito ganchuda. No se puede decir que fuese guapa, pero había algo en ella que atraía a Leonardo. Quizá el acento, que no conseguía identificar, una cadencia rara llena de notas agudas, o aquél aire de persona seria, poco dada a la trivialidad y la coquetería, características femeninas que repelían a Leonardo.

Era primavera, y hasta la calmosa sangre del futuro académico se abordaba con el aroma nuevo del aire, con los trinos de los gorriones en el Retiro y con ese plácido insidioso que el sol dejaba en la piel. Así que, muy galante, se desató y, tomando el azar unos libros, entabló conversación con la muchacha.

—Usted me los recomienda?

—Ya lo creo.

—Me asegura usted que son buenos?

—Y tanto.

—Siendo así, me los llevaré.

Pero no se fue sin haber conseguido enterarse de algunas cosas: se llamaba Catalina y estaba pasando unos meses en Madrid en casa de unos familiares; el puesto era de su tío, algunas veces ella se quedaba al cuidado mientras el tío hacía una de esas gestiones que es necesario hacer personalmente. ¿Y el acento? El



accento se debía a que Catalina era de un pueblecito de Mallorca. Como estaba acostumbrada a pensar y expresarse en una variante dialectal del catalán, utilizaba giros que para Leonardo resultaban extraños.

Volvía a verla otras veces, y casi siempre conseguía quedarse a solas con ella unos minutos. El tío hacía mutis con la oportunidad de un personaje de zarzuela que dejaba libre la escena al galán, y como esto llevaba a Leonardo a sentirse un poco culpable, cada día compraba un buen montón de libros para compensarle. Más tarde, de vuelta en su casa, los examinaba despacio y separaba los aprovechables. Las noveluchas, lo que llaman best-sellers, se las regalaba al portero.

Empezó a abandonar un tanto sus escritos y hasta hubo días en que no se acordó de acercarse a la Academia. Como aquello no podía seguir así, solicitó de Catalina una salida formal. Y así, una noche fueron a cenar y al teatro.

En el teatro, Catalina atendía a las explicaciones y las divagaciones lingüísticas de Leonardo, e incluso le hacía preguntas que denotaban su buena disposición para aprender. Las cabezas se volvían hacia ellos y, chistándoles, les reclamaban silencio.

Cuando comenzaron a salir ya como novios, sus conversaciones eran siempre parecidas:

—Leonardo, tengo que pedirte una cosa. ¿Cómo se dice, infijir o infringir?

—Son dos cosas distintas, mujer, pero lo primero que tienes que tener en cuenta es que no se dice pedir sino preguntar.

—Es lo mismo, ¿no?

—Será lo mismo en tu lengua vernácula, pero en español son dos cosas bien distintas.

—¿Como lo de infijir o infringir?

Lo malo era que la aplicación de Catalina no se reflejaba en progresos prácticos, puesto que a pesar de las recomendaciones de Leonardo continuaba usando las mismas expresiones traducidas literalmente de su lengua materna. Esto les acarreaba pequeños disgustos. A lo mejor, a la hora de despedirse, en el portal de los tíos, preguntaba ella misma:

—Pensarás conmigo?

—No, mujer —se enfadaba él—. Lo que tienes que decir es que si pensáralo en ti. En ti, no contigo.

Y como para castigarla, se iba sin dar una respuesta. Pero pensaba en ella. Pensaba en ella casi tanto como en la venerable institución.

Por eso mismo Leonardo fue a una joyería, compró un anillo de pedida y se presentó en casa de los tíos de la muchacha para hacer una petición de mano en toda regla.

Le aceptaron. Y ella, cuando vio el valioso anillo, tuvo que quitarse las gafas y engrujar una lagrimita.

—No importaba comprar uno tan caro.

Ni en un momento así podía Leonardo dejar de comportarse como un paladín de la lengua, y se apresuró a rectificársela:

—No hacía falta, Catalina.

—Pues eso, que no importaba.

En fin, se casaron.

Hicieron un viaje de novios discreto, unos pocos días para visitar a los padres, y volvieron a Madrid el principio del otoño, cuando la ciudad recuperaba su ritmo y los ordenanzas sacan brillo a los velutosos asientos de la Academia.

Instalados ya en el espacioso piso de él, Catalina empezó a revelarse como una mujer distinta. Ahora no se quedaba embobada escuchando los soliloquios del gramático ni le pedía consejo sobre alguna palabra dudosa, y cuando él intentaba corregir alguna de sus incorrecciones de habla, se encogía de hombros sin atender.

—Catalina, no debes confundir el verbo ir con el verbo venir. No digas "vengo" sino "voy".

—Catalina, mujer, no se dice tachi, se dice taxi. Es fácil, primero pronuncias una ce, tac, y luego una ese, si, Tac-sí.

Y Catalina, dejándose con la palabra en la boca, se iba a otra habitación y se ponía a leer. Leía mucho, pero, según comprobó el consternado marido, sólo le interesaban las muestras más desazonables de la literatura barata. Se pasaba el día absorta en sus novillillas o, lo que era aún peor, hojeando revistas de las que se ocupan del corazón y bajo viendo los famosos.

Hubo veces que Leonardo tuvo que reprimir algún exabrupto de los que sólo Cola es capaz de redimir en público, sobre todo cuando regresaba a casa a la hora de la comida y encontraba a su negligente esposa despreocupada de la comida, que iba pegándose en el fondo de las cacerolas.

—Un día se va a encender la casa, y tú no te enterarás.

Poco a poco fue recuperando sus costumbres de siempre, de siempre, comenzó a alargar sus paseos para retrasar la hora de volver a casa. Con expresiones que antes estaba lejos de aprobar, se lamentaba en su fuero interno de su suerte y despotricaba del momento en que había conocido a Catalina. Un día recibió una noticia que le hizo olvidar todas sus desdichas domésticas: de uno de los más prestigiosos círculos culturales de la ciudad le invitaban a dar una conferencia. Durante semanas no hizo otra cosa que elaborar borradores. Presa del frenesí purista, lachaba, expurgaba, se exprimía las meninges buscando sinónimos, consultaba diccionarios, recurrió a sus clásicos, ensayaba en voz alta el efecto de una frase... Catalina, molesta porque él ya no salía de casa, se quejaba de que así no era posible hacer la limpieza, y alavosamente le infligía —que no infringía— pequeñas cruelezas, como la de extraviarle algún papel.

Cuando llegó el día del acontecimiento, Leonardo se levantó al punto de la mañana, impaciente y abrumado como un novio, aunque la conferencia no era hasta la noche. Se trataba del mismo foro donde habían actuado Caro Baroja, Lázaro Carreter y hasta Aleixandre. Una oportunidad que significaba el primer paso de un camino que podía conducirle hasta... convenía cuidar cada detalle, elegir cuidadosamente las citas —sin olvidar alguna maliciosa referencia a Alberti—, pillar cada párrafo, cada cláusula.

Anochecía cuando fue a pedir a Catalina que le preparase el traje negro de las ocasiones solemnes. La llamó. No obtuvo respuesta, ni siquiera el acostumbrado "vengo". No la encontró en el dormitorio, ni en el salón, ni en la salita. Sólo en el último momento se le ocurrió mirar en la cocina, lugar al que ella tenía poca afición.

Antes de entrar ya le alertó un fuerte olor a gas. Catalina yacía en el suelo. La tomó por el hombre y la sacudió con energía. Quó mujer, desmayarse con la cocina llena de gas, como para haberse asfixiado. Ella abrió un ojo, el otro, tosió débilmente y susitó unas palabras.

—Ay, Leo, que me asfixio.

Ahora bien, para ser exactos, no pronunció la quisó como él pacientemente lo había explicado, sino que más bien lo dijo:

—Ay, Leo que me asficio.

—Asficio—remedó Leonardo—, como si fuera tan difícil pronunciar as-fíxi-o.

Enojado, salió de la cocina sin haber más caso de ella. Cerró la puerta, que como todas las demás de la casa tenía el estilo antiguo, su propia llave. Fue como cuando se quiere dar un escarmiento a un niño. De momento no pensó que la cocina no tenía ventanas, ni que las paredes demasiado gruesas impedían a los vecinos escuchar los gritos de Catalina, ni que ella acaso no estaba en condiciones de cerrar el gas.

Recapacitó en todo esto, e iba a entrar a socorrerla cuando le llegó su voz, un hilillo tembloroso a través de la gruesa puerta.

—¡Leo, que me asficio!

—Asfiliar. Se dice asfiliar. Hasta que no lo digas bien no sales. Un silencio, y de nuevo la llamada, más débil aún.

—Leo, que me ahogo.

Sin trampas. Di asfiliar.

—Me asficio, me estoy asfiliando.

—Tú verás, pero hasta que no aprendas... taxi, éxito, xenofobia, asfiliar, no es tan difícil.

Permaneció largo rato ante la puerta, aún después de que cesaran los lamentos. Cuando se dio cuenta de que lo quedaba el tiempo justo fue a vestirse apresuradamente.

Mientras tomaba un taxi en el paseo del Prado, no lejos del edificio de la venerable institución, se dijo que unos minutos de retraso serían de buen tono. Para compensar a su auditorio, se sentía con ánimos de improvisar un poquito y prolongar la charla. Así demoraría el momento de volver a casa y enfrentarse con los enojosos trámites.